
El Verdadero Timo del Entierro

Silverio Lanza

textos.info

Libros gratis - biblioteca digital abierta

Texto núm. 7193

Título: El Verdadero Timo del Entierro

Autor: Silverio Lanza

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 28 de noviembre de 2021

Fecha de modificación: 28 de noviembre de 2021

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Verdadero Timo del Entierro

La ponderación de fuerzas en el Ayuntamiento de Valdezotes traía pensativos al diputado, á los concejales y á los peores contribuyentes.

Con *Riñones* ó con *Quedito*; este era el problema. La solución fué elegir concejal y alcalde al tío *Meterio*, y nombrar al tío *Quedito* primer teniente, porque se avino á la solución. *Riñones* protestó indignado y se sentó á la izquierda.

Emeterio tenía cincuenta fanegas de tierra mala, un par de mulas malas, una casa mala y vieja, una mujer vieja y mala, y un hijo que era lo peor que Emeterio tenía.

La vara de alcalde lleno á la *señá Niceta* y á *Tolico* de satisfacción y de orgullo. Emeterio quedó asombrado y temeroso.

Se celebró la toma de posesión, y el día siguiente se hallaba enfermo el señor alcalde. Se llamó al médico de Zarzabronca, é hizo ante la familia y *Quedito* este diagnóstico: «Pulmonía doble infecciosa con atonía del corazón, hipertrofia del hígado y congestión renal. Situación gravísima: conviene que se confiese y reciba los Santos Sacramentos. No se debe perder la esperanza; yo y la Ciencia tenemos recursos.»

Emeterio se quejaba rabiosamente, y Valdezotes se disponía á un caso extraordinario: á enterrar un alcalde. *Quedito* reunió al Cabildo municipal; habló de la urgencia; recordó que la caja, los cirios, la música y las coronas estaban á nueve leguas de distancia, y se comisionó al síndico para que, en unión del secretario y de las caballerías necesarias, fuese á la ciudad y se trajese lo preciso para enterrar dignamente al primer alcalde que en Valdezotes moría mandando.

Al amanecer se había Emeterio descargado de los bollos, de las aves, del cordero, de la bebida y de todo lo que había ingerido el día de la *toma* de posesión. Y satisfecho de si mismo, porque había obrado bien, se durmió tranquilamente.

A las once el síndico anunció que á las tres llegarían los avíos de enterrar.

Quedito, Aniceta y Bartolomé despertaron á Emeterio, y le expusieron los dos términos del grave problema.

Primer término: Si Emeterio no quería morir, haría *Quedito* las paces con *Riñones*, y enredarían en un proceso al alcalde.

Segundo término: Si optaba por morir en seguida, vería á *Tolico* nombrado alguacil, presenciaria la solemnidad del entierro; y cuando (al día siguiente) apareciese resucitado, hablarían de el los periódicos y desde muy lejos vendrían las gentes á visitarle.

Emeterio se avino á morir y á resucitar; *Quedito* envió un propio á Zarzabronca para que el medico certificase la defunción; en la torre sonaron las campanas; repartieron los cirios, los viriles y los estandartes; llegó el clero; alternaron los responsos con los valeses que tocaba la murga; y dos azadones y cien manos piadosas echaron á un mismo tiempo tierra sobre el ataúd de Emeterio, que allí quedó enterrado para siempre.

Poco tiempo después murió alcoholizada la viuda, y Bartolomé está en presidio. *Quedito*, ya viejo, es el cacique indiscutible de Valdezotes; y repite á menudo esta moraleja, que brindo á los políticos, y que se verificó en un orador insigne.

«*Quien orgulloso aspira á que le entierren con pompa, suele tener la desgracia de que le entierren en vida.*»

